La sortija de Ismael

A.R. Bradley

El doctor abrió la puerta de la sala de cuidados intensivos y fue directamente hacia mis padres. Desde la salita de espera mi esposa y yo lo observamos hablando con ellos durante unos minutos, hasta que mima se desmadejó en los brazos de mi papá y enseguida supe que abuelo Ismael había fallecido. Sin pensar en nada corrí a abrazarla para decirle que todo iba a estar bien, que abuelito al fin estaba descansando de su horrible calvario, que al final el cáncer lo había derrotado pero él supo batallar contra sus células malignas durante cinco años consecutivos sin perder las esperanzas… Sin embargo caí a sus pies, incapaz de proferir una sola palabra, recordando la vida del hombre que me dio su nombre y a quien considero mi héroe.

La primera memoria que tengo del abuelo Ismael es en la comadrita del balcón de su apartamento de Hialeah, vestido con una pulcra guayabera almidonada, pantalones oscuros al mejor estilo *dandy* de los años cincuenta, sombrero blanco de hilo, relucientes zapatos de dos tonos y un tabacote enorme entre los dientes. Su olor era peculiar y mima siempre me decía que era el mismo aroma de las vegas pinareñas. Llevaba en el dedo anular una sortija de oro con el escudo cubano y aunque de niño pensé que la usaba por costumbre, con el tiempo descubrí que lo hacía por puro orgullo; un orgullo que con el pasar de los años me transmitió a mí, su único nieto varón, nacido en el Hospital Palmetto de la ciudad de Miami. El inexorable orgullo de ser cubano. Con paciencia y dedicación, abuelo Ismael sembró en mi pecho norteamericano un amor incondicional hacia esa islita caribeña que mis pies no han tenido el honor de pisar y que guarda el linaje de mis ancestros. A través de sus historias experimenté lo que fue vivir allí, desde su nacimiento en el pintoresco pueblecito de Güines

hasta que tomaron posesión de sus cosas y tuvo que emigrar a los Estados Unidos con su familia.

Al principio, mi abuelo y yo nos íbamos los sábados a la Calle Ocho a recorrer los negocitos apretados, mientras me contaba de su llegada aquí; del trauma de estar solo con mi abuela Dorotea y sus cuatro hijas pequeñas hacinados en un *efficiency* del *South West*, comiendo carne enlatada para perros porque no sabían inglés. Luego me contó sobre la tenaz mordida de la soledad, con la muerte repentina de mi abuela, y después sobre los peores siete años de su vida, viendo crecer a sus hijas en medio de una absoluta pobreza hasta que conoció a Yolanda, mi segunda abuela, y entre los dos lograron hacerlas mujeres de bien. Gracias a los dos míseros salarios de mis abuelos en un salón de banquetes, mi tía Doris logró estudiar medicina, mi tía Odilia se hizo gerente de la Mercedes Benz, mi tía Ileana se graduó de enfermera y mima se hizo dentista.

Cuando cumplí los catorce años, el cáncer hizo su primera aparición en los pulmones de mi abuelo debido al humo del tabaco y los paseos cesaron porque se agitaba al caminar. Las historias comenzaron a tomar forma en su vieja comadrita, desde la cual me hablaba entre bocanadas blancas sobre el serpenteante Malecón, el mar color turquesa con espuma dorada, el cielo más azul del mundo, la impresionante Habana Vieja con sus edificios del año mil ochocientos y sus callejuelas adoquinadas, pero principalmente sobre su majestuoso anillo, donde mi Cuba asomaba como la llave de las Antillas y aparecían las franjas de la bandera junto a un bello paisaje campestre en el que reinaba la indoblegable Palma Real. El anillo que heredara de su papá Ismael. Todos los sábados sin falta yo iba a visitarlo para escribir en mi diario sus anécdotas mientras me perdía en los callejones estrechos de su Habana, en la podredumbre romántica de los basureros, en el humo pestilente de los Chevrolet del cincuenta y siete, en las fiestas de Noche Buena en su casa colonial, donde se cocinaba el

mejor puerco asado en púa de la isla y la mejor yuca con mojo al carbón que jamás alguien ha probado en los días de su vida…

Cuando me enamoré, a los dieciocho años, ya el cáncer había conquistado el organismo de mi abuelo Ismael y arreciaron las quimioterapias y las radiaciones. Comenzaba su batalla campal de cinco años por sobrevivir. Para ese entonces mi novia y actual esposa Eva, la mujer más linda de Polonia, me acompañaba en las visitas y gracias a su invaluable ayuda con las notas aprendió español. Eva estuvo ahí filmando con su celular el día que abuelo Ismael me entregó su sortija, balbuceando trabajosamente que ya le faltaba poco para morir. Me la puso en el dedo anular de la mano derecha y me pidió que la usara siempre con dignidad porque los hombres de bien nunca se avergüenzan de sus raíces. Ese fue uno de los momentos más felices de mi vida. Por suerte el cáncer le permitió a mi adorado abuelo ser el padrino de mi inusitada boda y cargar entre sus brazos a mi primogénito poco después, quien a pesar de parecer un europeo de punzantes ojos verdes fue bautizado con su mismo nombre. Incluso le permitió verme ingresar en la preparatoria de abogacía hace dos meses y le dio permiso para despedirse de mí, esa mañana triste en que falleció. Yo le prometí llorando ser como él: un hombre de bien y orgulloso hasta la muerte de mis raíces cubanas, con todas sus historias almacenadas en mi portátil y mi guayabera almidonada y mi sombrero blanco de hilo y mis zapatos de dos tonos para las ocasiones especiales, pero sobre todo con la sortija del escudo, que no abandonará mi mano hasta que llegue la hora de ponérsela en el dedo a mi hijo Ismael.